

## La Pitahaya

Por el Prof. Anastasio Alfaro

La pitahaya es una fruta suculenta, de color púrpura de granada, por fuera y por dentro, con gran cantidad de semillas negras, de las cuales se hace caso omiso al saborear el fruto; su diámetro medio alcanza doce centímetros, y el peso llega a 650 gramos. El tallo rastrero, triangular, con espinas en las aristas, se tiende y ramifica mucho sobre las cercas de piedra, paredes viejas y aun trepa por los árboles, formando una enramada densa, donde florece año tras año hacia el mes de junio y produce abundantes cosechas, cuando la planta recibe con libertad los rayos del sol. Si colocamos un pedazo del tallo sobre cualquier árbol, no tarda en tender sus raíces adventicias y agarrarse de la corteza, como cualesquiera de las plantas epifitas.

La fotografía que publicamos se tomó muy temprano de la mañana, en un día nublado, pues la planta florece de noche y se marchita con la luz del día.

Hay a la entrada de la villa, en Escasú, una planta de pitahaya, que cubre toda una cerca de piedra, haciendo una muralla impenetrable; el tendido alcanza muchos metros de largo, todo el frente de la propiedad, desde la quebrada hasta el portón de entrada; tendrá dos metros de alto, y las ramas se extienden por el frente, besando con hermosas flores las yerbas del camino.

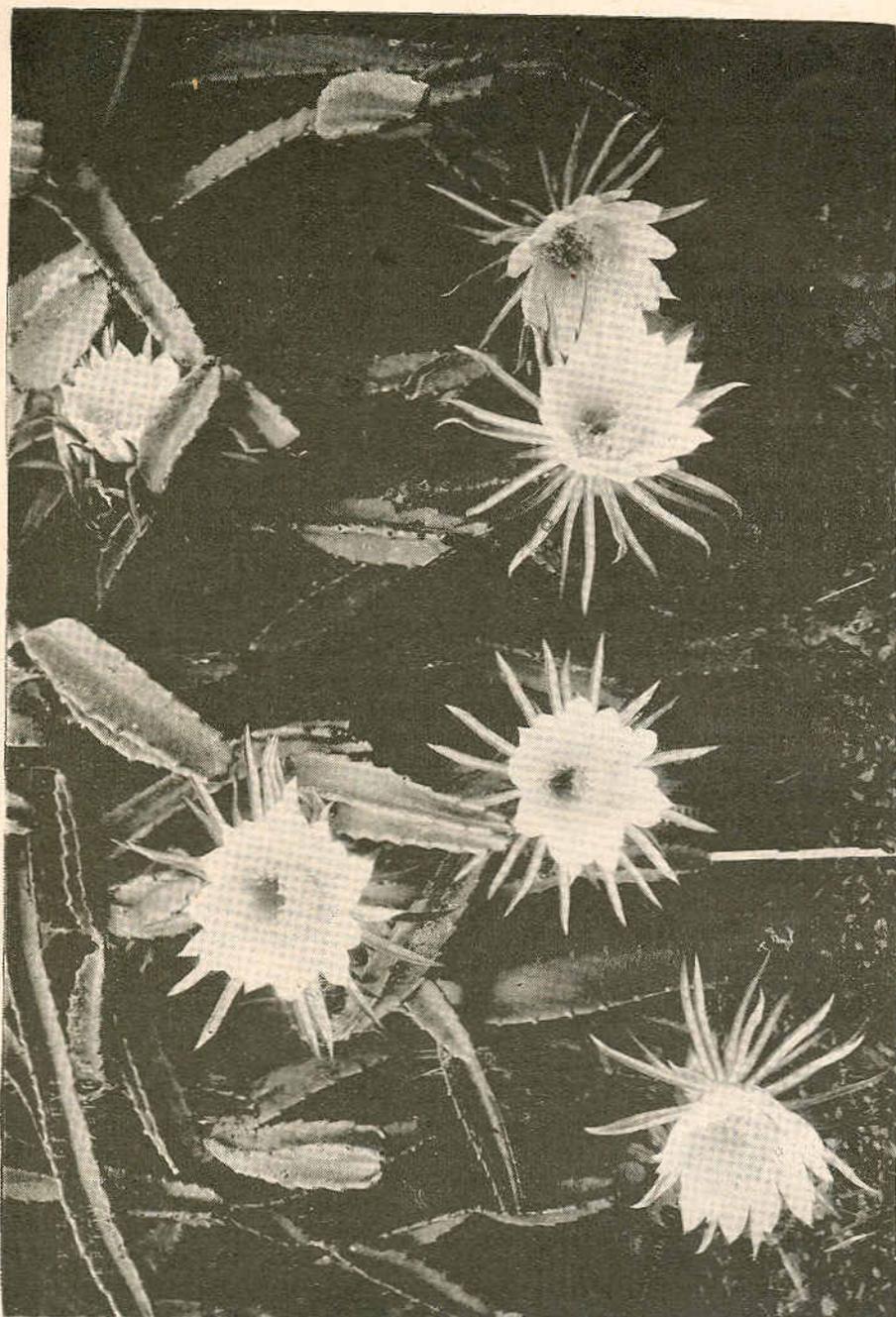
Al referirnos antes a esta planta dijimos: *Hylocereus undulatus*, en lugar de *H. undatus*, pues en castellano, ondulado da mayor expresión que ondeado, tratándose de un mar de verdura ondulada, cuando se contempla el tendido de esta planta sobre una cerca de piedra ya sea en Costa Rica, así como en Honolulu, según la fotografía publicada por Britton and Rose, en la página 188 del tomo II de las Cactáceas; y suponemos que el mismo botánico Ha-

worth habría pensado de igual manera hace un siglo, cuando publicó la especie, si hubiera tenido la vista un cultivo extenso en lugar de una planta aisladamente, pues la lengua latina tenía ambas palabras, como las conservamos en el idioma castellano.

Desde el punto de vista decorativo, estas plantas sirven de adorno en las fincas rurales, en los jardines y tapias de las casas campestres; mas para los salones y ventanas se prefieren las mamilarias y otras especies pequeñas, aunque no pertenezcan a la misma familia. Con frecuencia se toma de los parejones una forma insignificante, generalmente joven, y después de instalada en un tiesto adecuado parece agradable y digna de conservarse en la vivienda de mayor lujo. Vale mucho el gusto artístico con que se monte una planta, aunque sea de apariencia modesta y la maceta proceda de una pelota de arcilla, más modesta todavía: es el arte que transforma y realza las cosas más triviales, porque en todas sus manifestaciones lleva algún destello del alma.

En otras partes se combinan pequeñas plantas de familias diversas con pedazos de rocas minerales, y cuanto mayor es el número de formas y matices tanto más alto es el precio que alcanza la muestra en los mercados de California, por ejemplo. En la forma de la maceta se imitan animales u otros motivos atrayentes, y como el arte dispone de modalidades infinitas, pueden hacerse conjuntos bellísimos, transformando en una verdadera obra artística elementos comunes de la naturaleza: las arcillas, las rocas y plantas con espinas o de escaso valor.

Si tomamos nuestro cardón, o *Cereus aragoni* (Weber), nos encontramos con un tallo hasta de seis metros de alto, es-



La pilahaya (*Hylocereus undatus*, Haworth). Escasú, Costa Rica

triado, espinoso en las aristas, que podría tenerse en un jardín como planta decorativa, aunque sus flores nada tienen de atractiva, pues se reducen a pequeñas cabe-

zuelas de 7 a 8 centímetros de largo, en forma de embudo, con pétalos cortos, redondeados, de color blanco, con ligero tinte de violeta; su diámetro de mayor abertura

apenas llega a 4 centímetros; los estambres son cortos, numerosos, de color blanco de crema y están adheridos al cuello del embudo; el estilo, con su estigma, forman una columna delgada, de color igualmente blanco, al centro de la flor. El fruto parece una guayaba verde, corrugada, que pesa solamente 50 gramos y tiene muchas semillas negras. En cambio de tanta sencillez, los brotes nuevos que se forman en el corte del tronco o en su base, toman la forma esférica, de cinco, seis, siete aristas; con facilidad echan raíces y constituyen una planta bonita, que rivaliza con las mamilarias, al menos durante los primeros meses de su desarrollo; luego pueden plantarse en el jardín, en la seguridad de que vivirán para recordar a nuestros nietos el cariño que tuvimos por la flora nacional.

Hay también otra cactácea usada igualmente para cercas en la meseta central, cuyos tallos y ramificaciones tienen cuatro aristas delgadas y protegidas por núcleos de agudas espinas grises, de las cuales la central llega con frecuencia hasta siete centímetros de largo; estos núcleos están separados unos de otros por espacios regulares de seis centímetros. Esta planta florece a mediados del año, sobre los núcleos de las espinas, para proteger el tubo floral contra el ataque de los insectos. El tubo floral alcanza hasta 22 centímetros, incluyendo el ovario y cuello de la flor, cuya garganta mide cinco centímetros de diámetro; a lo largo del tubo tiene pequeñas agrupaciones de espinas cortas, rosadas unas y blancas otras. Los sépalos son angostos, de color violáceo, y los pétalos blancos, también angostos, puntiagudos, de 6 a 7 centímetros de largo. Tiene muchísimos estambres blancos, con las anteras amarillentas, escalonados en la garganta de la flor, en cuyo centro se levanta el estigma dividido en doce lóbulos de color crema; el estilo mide 20 centímetros de largo desde el ovario al estigma y tiene color blanco en toda su longitud. Florece de noche, y al cerrarse la flor, en las primeras horas de la mañana, dobla los pétalos y sépalos hacia dentro, dejando prisioneros los in-

sectos que se comen los estambres, antes de abandonar su prisión.

Aunque no tenemos la descripción original del ilustre botánico Haworth debemos referir esta especie al *Cereus quadrangularis*, por más que en los tallos tiernos y muchas de las ramificaciones aparezcan tres, cuatro y hasta cinco aristas, que se reducen a tres antes de terminar su desarrollo; pero la forma corriente, lo que se observa generalmente son las cuatro aristas, cuando la planta tiene mayor tamaño, de dos a tres metros de alto, y diez centímetros de grueso a través de las aristas.

El diez de julio, a las ocho de la noche tuvimos el placer de ver abrirse dos flores del *Epiphyllum pittieri* (Weber), que es una planta de tallo irregular, a veces muy largo, delgado, cilíndrico en partes, en otros triangular o aplanado, con ramificaciones planas, de 30 centímetros de largo, por cinco de ancho; el borde es paretado y el extremo redondo, bastante delgadas estas láminas y de color verde. Las flores se levantan indistintamente al canto del último tercio en las ramificaciones planas, o directamente del tallo central, en la propia base de las ramificaciones. El tubo floral incluyendo el ovario, tiene 9 centímetros de longitud; es de color blanco verdoso, con algunas brácteas pequeñas rosadas. Los sépalos son del mismo color del tubo, angostos, lanceolados y se vuelven ligeramente hacia atrás. Los pétalos son blancos, más angostos aun, y se abren completamente, en forma de una margarita de 6 centímetros de diámetro, en cuyo centro se levanta el estigma de doce lóbulos abiertos, sobre un estilo delgado y alto. Los estambres numerosos forman una copa, alrededor del pistilo, todo de color blanco, menos las antenas que presentan el tinte de la crema de leche. No tiene perfume; pero la apariencia de la flor es muy bonita, sutil y atractiva. El ovario mide 15 milímetros de largo y el estilo diez centímetros, con toda la parte cubierta por el tubo de color purpúreo claro, en su tinte más suave y delicado (*Phlox pink*).